

NECROLOGIA

EL DOCTOR EVERARDO RAMIREZ LOPEZ "IN MEMORIAM"*

DR. MANUEL QUIJANO NAREZO

EL DÍA 27 de marzo de 1964 falleció en la ciudad de México el Dr. Everardo Ramírez López. Por coincidencia desafortunada el deceso ocurrió el viernes de la Semana Santa y su sepelio estuvo poco concurrido; sin embargo, Everardo Ramírez López tuvo, si no multitud de amigos, sí una gran cantidad de conocidos que le profesaban sincera y profunda estimación. Efectivamente, Ramírez López entregó con cierta reserva la amistad íntima, a unos cuantos de sus viejos compañeros, pero otorgó con liberalidad la benevolencia, la sonrisa y el respeto a cuantos le conocieron. Por naturaleza sencillo, espontáneo y desenfadado, establecía una fácil relación con sus semejantes y hacía nacer en ellos, casi de inmediato, un sentimiento inevitable de simpatía que podía llegar fácilmente al afecto aún cuando no existiera sino en raras ocasiones, la comunicación profunda en que se develan confidencias y secretos.

Nacido en Cárdenas, estado de San Luis Potosí, el año de 1906, hizo ahí sus estudios primarios y secundarios, pasando más tarde al Instituto Científico y Cultural de la capital del Estado para cursar la preparatoria. En el año de 1927 se trasladó a México para inscribirse en la Escuela Nacional de Medicina, donde recibió el título de Médico Cirujano el año de 1933. Desde 1931, siendo alumno del curso de terapéutica quirúrgica, entró de practicante al Hospital Juárez como jefe de un grupo de 30 jóvenes escogidos por el Dr. Castro Villagrana. Su vocación era ya francamente la cirugía, especialidad a la que dedicó todos sus em-

* Nota leída por su autor en la sesión del 17 de junio de 1964.

peños el resto de su vida. Esta vocación a la cirugía no fue obviamente un producto del vis-a-tergo o de la emulación fácil de sus compañeros; ni siquiera del proselitismo de algún maestro admirado. Fue una elección consciente, deliberada y meditada por creer que en ese campo podría él ejercer plenamente las cualidades de su carácter que creía más valiosas. Su entrega a la cirugía fue sincera y total.

El 1º de enero de 1934 fue nombrado cirujano del Hospital Juárez y desde entonces hasta su muerte perteneció a ese Hospital. Su carrera hospitalaria lo hizo ascender desde el puesto de interno al de Jefe de Servicio y más tarde al de Consultor Técnico. En la sala 19, de Cirugía General, trabajó al lado de José Torres Torija y aprendió de él no nada más la técnica y las bases de la cirugía, sino la bondad, la caballerosidad y el sentido humano que en forma proverbial poseía Torres Torija; pudo continuar así, después de la muerte de éste, haciendo de la sala 19 un refugio de generosidad y comprensión para que los estudiantes de medicina descubrieran que el cirujano no posee forzosamente un temperamento agresivo, sino que la cirugía puede y debe ejercer con un agudo espíritu observador, con razonamiento clínico metódico y exigente, con prudencia en las determinaciones terapéuticas y con segura destreza en la técnica, sin necesitar los virtuosismos de la rapidez o la exuberancia temperamental tan común en los cirujanos de aquella época.

Muy pronto después de recibido, empezó su carrera docente en la Facultad. Desde 1934 y hasta 1937, actuó como ayudante en la clínica propedéutica y en el segundo curso de clínica quirúrgica que impartía Gustavo Baz. En 1937 fue nombrado jefe de la enseñanza de la clínica propedéutica quirúrgica en el Hospital Juárez; más tarde dio disecciones de anatomía descriptiva y en 1940 fue nombrado profesor titular de técnica quirúrgica en cadáver. En esta clase, así como en la del segundo curso de clínica quirúrgica que empezó a impartir desde 1947, duró hasta 1963. Nunca fue un profesor brillante de esos que embelesan a los alumnos con palabras de un gusto dudoso. De hecho, nunca tuvo fluidez para expresarse en público, pero en clase la consistencia de sus conocimientos lo hacía aparecer elocuente y ser estimado por todos los estudiantes. Los alumnos descubrían en él al hombre que les dispensa respeto y comprensión, que no escatima sus conocimientos, que está al tanto de todo lo nuevo pero no hace gala de ello y que se preocupa, en fin, no nada más por su propio adelanto, sino por la superación de los que vienen atrás.

Ramírez López fue un convencido de las reuniones médicas y de las sociedades profesionales; no por busca de notoriedad ni por la vanidad de engrosar un curriculum, sino por la ferviente creencia en que de esas reuniones puede salir una mejor enseñanza de la medicina y una elevación del nivel médico en todos los medios. Esta convicción derivaba tal vez de haber sido miembro fundador de la Academia Internacional para el Perfeccionamiento Médico, en Berlín, siendo

todavía muy joven, el año de 1937. Perteneció a varias sociedades, no a muchas, pero en todas ellas trabajó sin buscar nunca lucimiento personal sino tan solo el logro íntegro y sano de los postulados mismos de la corporación. Fue principalmente en el Colegio Americano de Cirujanos en donde su esfuerzo y dedicación tuvieron más éxito. A su entusiasmo se debe sin duda la vida próspera de que goza el Capítulo Mexicano en la actualidad, del que fue presidente, desde hace 4 años.

Un último aspecto de su personalidad que es digno de comentarse en este momento es la forma como supo afrontar la enfermedad y la muerte. Se sabía diabético casi desde que se recibió de médico, hipertenso y con una complicación renal desde hacía varios años; sin embargo, ni sus amigos íntimos lo oyeron nunca comentar de sus enfermedades, dolerse de su limitación o quejarse del destino. Como muy pocos enfermos crónicos, se dio el lujo de la aquiescencia. Al aceptar sus males, los dominaba en parte. Vio sin tristeza y sin remordimientos acercarse su fin. Por una infección trivial contraída durante las vacaciones de diciembre en Acapulco, desarrolló una insuficiencia renal acentuada. Los especialistas consultados le informaron del pronóstico fatal en corto plazo, de dos a tres meses. Ramírez López continuó en cuanto pudo haciendo su vida normal; inauguró así, un mes antes de morir, la última reunión mexicana-norteamericana del Colegio Americano de Cirujanos, tomó parte en las discusiones y ayudó al mayor éxito de la reunión. Una semana antes de la muerte tenía todavía la sonrisa constante en los labios y aceptaba con superioridad los fenómenos inevitables.

Fue Ramírez López un hombre bueno; nunca le oyó nadie expresarse en forma malévola de sus compañeros; nunca tuvo nadie que resentir una traición.

Será recordado siempre por todos los que le conocieron como un hombre tolerante y comprensivo y que supo tomar ante la enfermedad y la muerte, la más racional y valiente de las actitudes.